

# ***EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA Y LA FE DE LUIS ROMERA***

## ***THE MEANING OF EXISTENCE AND FAITH OF LUIS ROMERA***

**Viquez Lizano, Mauricio\***

Universidad de Costa Rica

[canino@racsa.co.cr](mailto:canino@racsa.co.cr)

### **Resumen**

Este artículo presenta un libro que ayuda al lector a adentrarse en la realidad presente, marcada ella por una profunda crisis antropológica. El ser humano de esta parte de la historia ha perdido el norte. La obra que aquí se presenta da elementos para comprender nuestro presente entorno y a percibir mejor la ruta por la cual nos ha tocado andar. Una época que, como se nota en la obra y esta breve presentación, aunque ni peor ni mejor que otras, sí plantea problemas nuevos que requieren, igualmente, soluciones nuevas.

**Palabras clave:** Luis Romera, ser humano, crisis, sentido, realidad, fe.

### **Abstract**

This article presents a book that helps the reader to delve into this reality, marked by a profound anthropological crisis. The human being of this part of history has lost its way. The work presented here gives insights into our present environment and to better perceive the route by which we happen to walk. A time that, as noted in the work and this brief presentation, although neither worse nor better than others, it does pose new problems requiring equally new solutions.

**Keywords:** Luis Romera, human being, crisis, sense, reality, faith.

**Recibido:** 05/06/2016 - **Aceptado:** 22/07/2016

\*Sacerdote de la Arquidiócesis de San José de Costa Rica desde 1989. Magister en teología moral social por la Universidad Juan Pablo II, doctor en filosofía con minor en teología de la AIU de Miami, y doctor en pensamiento de América Latina por la Universidad Nacional de Costa Rica. Profesor de la Universidad de Costa Rica, la Universidad Estatal a Distancia y del Seminario Nacional de Costa Rica. Tiene varias publicaciones sobre ética aplicada, fenomenología de la religión y filosofía latinoamericana.

## Presentación de obra

Estamos viviendo –es como “vox populi”– un tiempo marcado por la crisis, esto es, el cambio que –en este caso presente– nos muestra cierta incertidumbre, pues no sabemos bien las dimensiones o profundidad del mismo. Algunos, incluso, se aventuran a hablar de un verdadero cambio de época y lo caracterizan marcado –para destacar unas pocas de entre muchas opiniones– por las nuevas tecnologías o la difusión de la información, o bien, el llevado y traído choque entre civilizaciones.

Estos cambios o crisis –y en concreto el cambio de época– implican no pocas transformaciones y giros. Hablamos aquí, ciertamente, de no poca cosa.

Probablemente, uno de los elementos que marcan este tiempo de crisis en todos los ámbitos de la vida individual y social, es la incapacidad de muchas mujeres y hombres de nuestro tiempo para plantearse con franqueza y de modo directo la pregunta acerca del sentido de la vida y solucionar –el llamado por algunos “gran problema de nuestro tiempo”– el llamado vacío existencial que afecta a tantas y tantas personas en el orbe entero.

Puede que parezca extraño pero en estos tiempos resultan pendientes a veces insalvables, cuestiones básicas como el fundamento último de nuestra marcha vital a causa de las modas antimetafísicas procedentes de la ilustración alemana, o bien, el lograr una respuesta que nos lleve más allá de la triste idea del absurdo o del ruin destino del “homo ciberniticus” que va sustituyendo poco a poco al ser humano racional o marcado por la economía.

No logran traducir el tema de la existencia –algunos de nuestros coetáneos–, como un problema de naturaleza ética que

se debe solucionar, y menos aún lograr mirarlo como una construcción que puede implicar riesgos y alguna que otra opción y compromiso. La inestabilidad posmoderna y la radical dificultad para hallar un norte de identidad complica aún más el panorama, cuando se trata de dar pasos en función de la búsqueda de la solución de ese problema relacionado con la gran pregunta acerca del sentido.

Resulta obvio que sin cierta claridad –en cuanto a este punto que nos ocupa– difícilmente tendremos mujeres y hombres con un modo de vida que avance hacia algo o que tenga aspiraciones más o menos altas. La tendencia a ir al mínimo irá imponiéndose progresivamente, sobre todo, cuando se considera el contexto vital por el que ordinariamente se circula, marcado por cantidades de problemas y dilemas que, al no ser solucionados y no estar en condiciones de aportar mucho de cara a ellos, acaban ahogando ciertos anhelos que, en principio, siempre han animado la ruta del ser humano por la historia. Refugiarse en ciertas formas de nihilismo puede resultar una tentación continua y fatal.

En función de abrir brecha, sin duda alguna, es esencial afirmar que si no enfrentamos este panorama tan peculiar e inédito desde nuestras mismas raíces, difícilmente lograremos encontrar rutas de salida. El cansancio y la insignificancia acabarán apoderándose de todo y la tendencia al pensamiento débil se impondrá, sobre todo, en el golpeado mundo de las humanidades y con ello, su derrota final de frente a la llamada razón instrumental.

Para alcanzar el ansiado cierre de la brecha –que hace hoy tan dramático y complejo el intento de encontrar la respuesta acerca del para qué de la vida– parecen haber dos vías: la primera, recuperar la comprensión

del ser humano como interioridad en apertura (noción próxima a la rahneriana de "existencial sobrenatural"). Ello implica negarse a renunciar a una antropología más integral, en clave personalista y desde la convicción de que la persona es la cumbre de la realidad.

Y segundo, redescubrir el sustrato cristiano de occidente parece ser decisivo, lo mismo que frenar el embate del secularismo laicista. Ambas cosas resultan imperativos que no deben ser pospuestos de ninguna manera. Los laicismos agresivos en el mundo occidental vienen dando una lucha, de cara a la cual aún no nos mostramos suficientemente hábiles, y parece que nos ganan todas las batallas en el mundo de la educación, en el mundo de la cultura y ahora, incluso, en la capacidad para influir de cara a las políticas públicas sobre familia y el impacto que suelen tener en redes sociales.

Enfrentar este nocivo secularismo laicista por la vía de redescubrir el humanismo de tinte cristiano es una vía que parece viable.

Las consecuencias de ello pueden ser tales que hasta podrían hacer retornar el sentido común a esta parte del mundo que tiene como "hobby" renegar de sus mismas raíces muy a menudo, y creer abrir rutas hacia la felicidad, justamente, donde a ella no se le encuentra, por ejemplo, en insistir en promover unidireccionalmente la razón instrumental o una reflexión ética que sacrifica todo referente objetivo y se apoya en un sentimentalismo más que soez.

Salir de la ignorancia en temas de naturaleza teológica, favorecer la praxis cristiana en medio de los diferentes ambientes, e impactar en plan de revertir el efecto del laicismo beligerante y agresivo que opera en nuestras sociedades son pasos necesarios para no contemporizar con los intentos

de hacer imperar la tendencia general que promueve una libertad sin referencia alguna a la verdad.

Si es cierto, como en realidad lo es, que el cristianismo ha aportado a occidente una ética sólida en contenido, una visión solidaria de la vida, y una profunda y esperanzada apertura a lo trascendente, bastaría con andar por estas rutas para reconstruirnos del mal momento antropológico que pasamos. Y al hacerlo, de paso, se ha de poner el empeño en volver a dar su lugar a un dato que algunos han hecho grandes esfuerzos por sepultar, y es, ni más ni menos, el siguiente: que la fe cristiana, en cuanto fe de encuentro, da cumplimiento pleno al gran anhelo del corazón del ser humano y le devela a cada quien su, hasta ahora, perdida identidad.

El Papa Francisco anima mucho en esta dirección. Mostrar la credibilidad del cristianismo en clave de "cultura de encuentro" y favorecer la acogida del ser humano para que, en el marco de una auténtica pastoral de la misericordia, cada persona logre percibir un dato aleccionador y abridor de horizontes de sentido: que efectivamente, como el concilio mismo lo hizo ver, solamente en el Hijo de Dios encarnado puede el ser humano hallar la respuesta a preguntas decisivas y vitales: no solo "¿quién soy?", sino "¿hacia dónde me dirijo?", y "¿cuáles han de ser mis ideales, esto es, aquellos que me permitirán poner algo en cuanto aporte para construir la Civilización del Amor"?

La presente obra: *El sentido de la existencia y la fe* del Dr. Luis Romera (2014), rector de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, llevará al lector en cada uno de sus cuatro capítulos a profundizar ampliamente en cada una de las cuestiones que aquí quedan esbozadas. Al final, el encuentro gozoso con respuestas claras y realistas, permitirán al

lector enfrentar el contexto que le rodea y las grandes preguntas sobre el sentido y la fe con acierto y sabiduría.

**Referencias bibliográficas:**

Romera, L. 2014. El sentido de la existencia y la fe. San José: Promesa.